

¡Jimmy!¹

Amiri Baraka²

Traducción de Manuel Barrós

Sabemos o ya deberíamos saber que lo que llamamos «realidad» existe fuera de cualquiera de los múltiples subjetivismos que sin embargo distorsionan y, en verdad, ponen en peligro aquí toda la vida. Un claro ejemplo de la dicotomía entre lo que realmente es y lo que podría reflejarse en algún espejo manchado de necesidad privada es ¡la caracterización pública del poderoso ser por el que estamos reunidos aquí para ofrecer nuestras lacrimosas despedidas!

Con felicidad o cualquier grado de confusión social predecible, notarán que he hablado de *Jimmy*. Y es él, este Jimmy, de quien seguiré hablando. Es este Jimmy, este glorioso y elegante griot de nuestra oprimida nación afroamericana a quien estoy elogiando. Entonces, permitamos que los verdugos correctores de texto de nuestro cautiverio dejen por un eterno momento sus muertos dedos de borrador por nuestra celebración.

Habrà, y debería haber, resmas y resmas de análisis —incluso elogios— para nuestro amigo, pero también mayores proporciones de no análisis y, sin duda, de condena para James Baldwin, el escritor Negro. Lamentablemente, aún no tenemos el poder de volver estériles o imposibles los errores y las mentiras que solo hacen que Estados Unidos siga siendo lo que es en lugar de su promesa poco convincente.

Pero la gran brecha, el abismo mundial que se extiende entre el James Baldwin del periodis-

mo amarillista y los departamentos de inglés —aquí pensamos que esto era Estados Unidos—, y el Jimmy Baldwin de nuestras vidas reales ¡es impresionante! Cuando nos dijo *Nadie sabe mi* —decía Nuestro— *nombre*, ¡estaba tratando de prepararte para eso incluso desde entonces!

Por un lado, no importan los montones de prosa mortal que citan influencias, relaciones, metáforas y críticas que intentarán hablarnos sobre nuestro hermano mayor. ¡La mayoría se equivocará, porque estará volviendo a contar viejas mentiras, inventando otras nuevas o dando forma a otra vida negra para adaptarla al gran estómago blanco que aún gobierna y trata de digerir el mundo!

Porque, en primer lugar, Jimmy Baldwin no solo era un escritor, una figura literaria internacional. Era un hombre, un espíritu, una voz: viejo, negro y terrible como aquel primer antepasado.

Como hombre, vino a nosotros desde la familia, las vidas humanas, nombres que podemos llamar David, Gloria, Lover, Robert... y esta extensión es una identificación íntima como lo pudo hacer tan casualmente en esa forma suya: sonrisa propia y ojos no más grandes que aquel primer antepasado, frágiles como lo es siempre la verdad, grandes ojos que salían como monitores honrados de lo conmovedores que eran.

1 Baraka, Amiri. «Jimmy!». En *Eulogies*. New York: Marsilio Publishers, 2002, pp. 91-98.

2 Newark, 1934-2014. Fue un poeta, escritor, músico y activista afroamericano. Entre otros libros, publicó los poemarios *Preface to a twenty volume suicide note* (1961), *It's nation time* (1970) y *The book of monk* (2005); las piezas teatrales *Dutchman* (1964), *Slave ship* (1970) y *Song* (1983); y los ensayos *Blues people* (1963), *Poetry for the advanced* (1979) y *The essence of reparations* (2003). También tiene una importante discografía y filmografía.

¡Los africanos dicen que ojos grandes como esos significan que alguien puede hacer que las cosas sucedan! ¿Y él no lo hacía?

Entre la sonrisa y la gracia de Jimmy, su insistente elegancia aun cuando te maldecía, aun al golpear. Qué mal fue desdichado, respirando o no, al tropezar en su camino. ¡Todo el camino estuvo en vivo, todo el camino consciente, todo el camino hacia arriba, recibiendo y transmitiendo —a veces, con gran dificultad— lo que necesitaba! ¡Él lo confirmaría con esos dos tubos de televisión que se asoman en su cabeza!

Como hombre, él era mi amigo, mi hermano mayor —bromeaba—. No bromeaba realmente. Como hombre, era Nuestro amigo, Nuestro hermano mayor o menor. Lo escuchábamos como lo haríamos con alguien de nuestra familia, con lo que sea que puedas pensar de lo que él podría decir. Podíamos oírlo. Estaba cerca, como hombre, como pariente humano. Podíamos hacer que algunas estaciones frías fueran simplemente abrigadas por su apretón de manos, por su sonrisa o por sus ojos. Al calor de su voz, jocosa pero instantáneamente cortante. Amable, pero perfecta, clara. A veces podíamos oírlo solo al recordar su brazo agitado como confirmación o indignación, el rápido discurso de fuego, empujando hacia afuera el mundo cual mensajes urgentes para quienes les serían verídicos.

Este hombre recorrió la tierra como su historia y su biógrafo. Informó, criticó, embelleció, analizó, engatusó, poetizó, atacó, cantó, nos hizo mejores, nos hizo conscientemente humanos o quizá más ácidamente prehumanos.

Él era espíritu porque estaba vivo. E incluso después de esta hora trágica en la que lloramos, él se ha ido. Y por qué y por qué, nos seguimos preguntando. Hay montañas de malvadas criaturas de las que voluntariamente nos despediríamos: a pedido, Jimmy podría haberles dado algunos de sus nombres. Maldecimos nuestra suerte, a nuestros opresores, nuestra edad, nuestra debilidad. ¿Por qué y por qué de

nuevo? ¡Y por qué puede volverte loco o decirlo suficientes veces incluso podría volverte sabio!

Sin embargo, este *por qué* en nosotros también está en él. Jimmy fue sabio. Al preguntarnos por qué nos dio su sabiduría y sus porqués para ir con los nuestros, para convertirlos en un porqué más grande y en un Sabio más profundo.

El espíritu de Jimmy, que estará con nosotros mientras nos recordemos a nosotros mismos, es la única verdad que nos mantiene cuerdos y transforma nuestros porqués en sabiduría. Es su espíritu —el del primer antepasado pequeño y negro— lo que sentimos. Aquellos de nosotros que realmente lo sentimos sabemos que este espíritu estará con nosotros «mientras el sol brille y el agua fluya». Porque suyo es el espíritu de vida que emociona a su propia consciencia.

Su espíritu es parte del nuestro, es la culminación de nuestros sentimientos. La amplitud de nuestras percepciones, la linde de nuestra lógica, el paradigma para nuestro mejor aprovechamiento de este mundo.

Cuando lo veíamos y lo escuchábamos, nos hacía sentir bien. En primer lugar, nos hizo sentir que podíamos defendernos y definirnos a nosotros mismos, que estábamos en el mundo no solo como esclavos vivificados, sino como las medidas terriblemente sensibles de lo que es bueno o malo, bello o feo. Este es el poder de su espíritu. Este es el vínculo que germinó nuestro amor por él. Este es el fuego que aterroriza a nuestros despreciables enemigos. Que no solo estamos vivos, sino que somos tan tremendos como precisos en nuestras canciones y nuestro desprecio. ¡Cómo pueden considerarse justos, Asesinos, cuando vieron o fueron desgarrados por el espíritu de nuestro Jimmy! Él lo llevaba como nosotros llevamos su espíritu.

Jimmy será recordado, incluso como James, por su palabra. Solo los completamente ignorantes pueden dudar del dominio que tenía de ella. Jimmy Baldwin fue el creador del discurso estadounidense contemporáneo aun antes de que los estadounidenses pudieran socavarlo. Él lo creó para que pudiéramos hablar entre noso-

tros con inimaginables intensidades de sensibilidad y así podamos tener sentido el uno para el otro en tiempos cada vez más altos.

Pero esa palabra, dispuesta como arte, brillante y gesticulante desde la página, también era hombre y espíritu. Nada era más inspirador que escuchar esa voz, ver ese rostro y ese látigo de lengua, sus significativos dedos: ¡revelar y exponer, levantar y derribar, condenar o elogiar!

Lo había conocido años antes en Howard, cuando Owen Dodson presentó allí su *Esquina Amén*. Pero no fue hasta más tarde, confinado por las fuerzas armadas, que llegué a sentir ese espíritu desde otro ángulo más desesperado de necesidad y, por lo mismo, de entendimiento.

El rostro de Jimmy, sus ojos, el rubor de su consciencia animando el aliento de mi mente brotaron de mi lectura previa de sus primeros esfuerzos en revistas literarias y el aura que esos esfuerzos crearon. Se estiró, se despertó —por así decirlo— cuando —recién llegado a Nueva York de mi encarcelamiento y confusión interna— vi fijamente a este hombre negro mirándome sin pestañear desde la portada de *Notas de un hijo nativo*. Miré esa cara y escuché esa voz, incluso antes de leer el libro. ¡Oye, en verdad era yo! Cuando leí esos maravillosos ensayos, esa voz se convirtió en parte de mi vida para siempre. Esos ojos eran parte de mis herramientas críticas y determinación. Esas deliberaciones, esa experiencia, la severidad y el gran arte se hicieron míos al instante. Desde el momento en que vi su rostro, fue mi héroe más profundo, el agente de la consciencia en mi joven existencia. Jimmy fue eso para muchos de nosotros.

Lo que se dijo de él, el supuesto análisis —a menudo hediendo el olor a muerte de la supremacía blanca y su inexistente humanidad— no hizo ninguna diferencia. En verdad, todo eso no se registró, excepto como recordatorio de conversaciones aburridas cerca de bocas de incendio, con sillas o en escalones de piedra, afuera en la adiestrada indiferencia de la llamada sociedad estadounidense.

Lo que me dio, lo que nos dio, lo percibimos al instante y crecimos enormemente por dentro a causa de ello. Esa negra y cálida verdad. Ese gesto invencible de sagrada preocupación humana, proyectado con nitidez, lo absorbimos con lo que da vida en este confrontado mundo contra los peligrosos poderes de la muerte.

Jimmy creció como lo hicimos todos nosotros, pero él fue creciendo primero y fue la medida, incluso cuando reclamamos comprensión y trascendencia. Así como quiso distanciarse de un mentor como Richard Wright para entender mejor y con mayor claridad dónde comenzaron él mismo, su propio yo y su voz y dónde se detuvieron las de Richard.

Por fortuna, para algunos de nosotros, cuando nos distanciamos de Jimmy, esto no solo nos permitió entendernos con más claridad, sino que finalmente nos permitió enfrentarnos al verdadero y existente poder y a la belleza de este artista y héroe.

Fue Jimmy quien nos condujo del realismo crítico a una estética más vasta que la hizo más útil para los que aún viven. Se parecía tanto a nosotros, constantemente creciendo, constantemente midiéndose ante sí mismo y, por lo tanto, ante el mundo.

Era evidente que amaba la belleza y el arte, pero cuando el movimiento por los derechos civiles alcanzó su punto más alto, sin importar su temprano esteticismo y su aparente arrogancia, él era nuestra verdadera definición, nuestra educada consciencia hecha irresistible por su alto sentido crítico.

Jimmy también era un «líder de los derechos civiles», ¡*al mismo tiempo!*, pensadores de la anticuada indignación social. Estaba en la auténtica tradición de los grandes artistas de todos los tiempos. Aquellos que comprenden que lo que buscamos es *la belleza y la verdad* y que, de hecho, una no puede existir sin la otra y como una extensión de la otra.

En la cúspide del movimiento, Jimmy era una de sus voces más sinceras. Su postura, que es *nuestro juicio* del mundo: la mayoría de noso-

tros —los esclavos— que todavía luchamos para sobrevivir a la brutalidad de la llamada civilización. Esta verdad y no la de nuestros torturadores fue una peligrosa profundidad y, como tal, ¡combustible para nuestro escape y liberación!

Él era nuestro consumado y completo hombre de letras: no como un artefacto sin vida, sino como un hombre negro con el que podíamos relacionarnos y tocar incluso allí en ese espacio lleno de fuego negro en la base y contorno de nuestras almas. Y lo que era sumamente irónico es que, a pesar de todo su esteticismo y ultrasofisticación, ahora estaba exigiendo que nos insertemos por completo en el mundo, ¡que alcemos la mayor inteligencia para nuestro forzado compromiso de, al final, darle humanidad al mundo!

La voz de Jimmy, al igual que la del Dr. King o la de Malcolm X, nos ayudó a cuidarnos y a guiarnos hacia la liberación negra.

Y, claro, por eso los pistoleros intelectuales del animal soberano trataron de vencerlo. Por último, incluso el raro lirismo de su canto, la profunda obsesión estética con lo sensible ¡no podían cubrir el peso social de su mensaje!

¡El célebre James Baldwin de épocas anteriores no podía ser usado para los valerosos cánticos de libertad del Jimmy que caminaba con King y el SNCC o el pequeño y malvado negro que escribió *Blues para el Sr. Charlie*!

En lo que a mí respecta, fue *Blues para el Sr. Charlie* el que anunció el Black Arts Movement, incluso al describir, en diminutos fragmentos de aliento, la lucha de clases que se libra dentro de la comunidad negra. Incluso cuando está amenazado por maníacos prehumanos.

Pero atacado o no, reprimido o no, sin repentino interés periodístico o no, Jimmy hizo lo que Jimmy era. Vivió su vida como testigo. Escribió hasta el final. Oímos hablar de las cuadras de célebres escritores estadounidenses, cuán grandiosos son: en verdad, sus dedos para escribir se habían convertido en cheques. Pero Jimmy escribió. Produjo. Habló. Cantó, sin importar las probabilidades. Siguió siendo hom-

bre, espíritu y voz. ¡Siempre en expansión, cada vez más consciente!

Me complacía mucho que cada año nos acercáramos más, que nos entendiéramos cada vez más. Al final entendí, como siempre lo hice, pero ahora conscientemente, que él era mi hermano mayor, ¡¡un hermano del espíritu comunitario!!

Un día lo llevé a Scudder Homes de Newark, el inodoro del mundo, con un equipo de filmación. Aparentemente, las calles estaban desiertas al principio. Una vez que la vid comenzó a enverar, se llenaron enseguida y Jimmy se encontró rodeado de ansiosa gente negra solo por mirarlo, hacerle preguntas o decirle que todavía era importante para ellos. En ese nadir de dislocación social, un hermano joven con su gorra medio volteada dijo: «Acabo de leer *Sobre mi cabeza*, Sr. Baldwin. ¡Es grandioso! ¿Cómo le va?» Por sí sola, la sonrisa de reconocimiento de Jimmy habría iluminado incluso las regiones más oscuras bajo la tierra.

Una vez pasamos el rato toda la noche. Salimos a trompicones de Mikell's después de hablar con David y, a la mañana siguiente, Jimmy seguía notorio y gesticulante, claro como una campana. Todavía me estaba diciendo algunas cosas que realmente necesitaba saber y todavía le estaba diciendo que sí. Había un montón de nosotros que sabíamos quién era y lo amábamos por eso. ¡¡Era una de las escasas maneras en que podíamos amarnos a nosotros mismos!! Jimmy era una de esas personas cuya celebridad es reconocida, si no por su nombre, por la misma aura que lo acompañaba. Su inteligencia se revelaba en el gesto más casual o en el cambio de ropa y sus modales. De inmediato, nos dimos cuenta de que esa dignidad era la base y el resultado de una gran hazaña de seria consideración por lo hondo, lo grave, lo profundo que era.

Sin embargo, por esta integridad profunda y profundamente sentida por nosotros que Jimmy llevaba como sus muchos sombreros, su película *Malcolm X* fue rechazada. Las reseñas de sus trabajos posteriores comenzaron a aparecer en la página dos, porque no se le podía permitir

decir la verdad con tanta fuerza. Finalmente, incluso grandes mentes le prohibieron publicar su última obra, *La evidencia de las cosas no vistas*, que exponía la doble cara de las maquinaciones legales que ocultan a los verdaderos asesinos de los niños negros de Atlanta. ¡Él tuvo que demandar al editor para sacar el libro! Cuando me contó este último ultraje, recuerdo que la palabra *Weimar* pasó por mi cabeza. Al leer este formidable trabajo —completamente maduro y asombroso—, en su apariencia pude entender el terror de la supremacía blanca y sus adoradores. Es importante que incluya esta cita de la obra como su hombre, la voz espiritual, la carne de su alma que nos habla con la claridad de la revelación:

El mundo occidental se encuentra en algún lugar entre la Estatua de la Libertad y el pilar de sal.

En el centro del horror europeo está su religión: una religión por la que se busca que uno sea coaccionado y en la que nadie cree. Las pruebas son las condiciones u opciones en Blanco/Negro, el horror en el que el cobarde delirio de la supremacía blanca parece haber transformado África y la pesadilla en extremo intolerable del sueño americano. Hablo con la autoridad del nieto de un esclavo, descendencia de una esclava, hijo de Agar. Y lo que hizo el esclavo, despreciado y rechazado, arruinado y desdeñado con la paranoica visión europea de la vida humana fue convertirla en una fuerza que contenía un uso humano. Como la iglesia era la única institución Civilizada a la que se nos permitía entrar —segregados—, el predicador Negro fue nuestro primer guerrero, terrorista o guerrillero. Dijo que la libertad era real, que nosotros éramos reales. Nos dijo que los problemas no duran para siempre. Nos dijo que nuestros hijos y nuestros ancianos eran sagrados, cuando los Civilizados les escupían y los despedazaban, en nombre de Dios, y para seguir ganando dinero. Además, no se nos permitió entrar a la iglesia, sino acorralarnos en ella, como medio para hacernos dóciles y para obligarnos a corroborar la inescrutable voluntad de Dios. Este había decretado que fuéramos esclavos para siempre.

(La evidencia de las cosas no vistas)

Pero fue la vida de Jimmy la que puso tal tragedia demoniaca en un peligro cada vez mayor a nivel mundial. Él no estaría quieto, no lo haría y nunca podría ser solo un portavoz de lo bellamente obscuro. Él cantó sobre nuestras vidas y nuestras necesidades y nuestra voluntad de triunfar, incluso en su hora final.

Jimmy siempre nos hizo sentir bien. ¡Siempre nos hizo saber que éramos peligrosamente inteligentes y tan valientes como el deseo de ser libres!

Mantengámoslo en nuestros corazones y mentes. Hagamos de él parte de nuestras invencibles almas negras, la inteligencia de nuestra trascendencia. Dejemos que nuestros corazones negros crezcan en un gran mundo absorbiendo ojos como los suyos, nunca cerrados. Dejemos que un día seamos capaces de celebrarlo como debe ser si queremos tener verdadera entereza. Para Jimmy, era la boca negra y revolucionaria de Dios. Si acaso hay un Dios, y la revolución su justa expresión natural. Y la canción elegante es el lugar común más profundo y fundamental de estar vivo.

Si no podemos entender nuestro amor por Jimmy Baldwin, es demasiado tarde para hablar de libertad o liberación. ¡Ya la hemos perdido!

Pero su vida fue la confirmación de nuestro amor. Y nuestro amor es una prueba continua —Oye, ¿anoche viste a Jimmy...? ¿Escuchaste que dijo tal y tal...?—, una parte de nuestra larga narrativa de esclavos, mientras nos hablamos a nosotros mismos desde nuestro interior. Y es la voz de Jimmy lo que escuchamos. ¡Siempre lo ha sido!

1987